

La gratitud nunca se olvida

En el año 2010 yo era pastor en el distrito de Hulería, en la Misión Este de Tabasco, México. Cierta noche, cuando regresaba de visitar una de las diecisiete iglesias a mi cargo, venía preocupado porque ese día se habían terminado las provisiones en casa.

Cuando entré y vi el rostro sonriente de mi esposa, me sorprendí. Ella estaba feliz y en cuanto me vio, dijo: «¿De dónde sacaste dinero para pagar los huevos que nos enviaste?». Me quedé extrañado, ya que yo no tenía dinero, ¡y mucho menos había pagado veinte huevos en la tienda!

Alguien había llegado a casa luego de que yo salí en la mañana y había llevado veinte huevos, asegurando que el pastor los había pagado. No investigamos mucho, pero dimos por sentado que Dios había hecho provisión para ese día de necesidad.

Otro día, estaba predicando sobre la gratitud y compartí la anterior experiencia con la iglesia. Conté que ese día Dios nos había enviado veinte huevos milagrosamente. Al día siguiente, una hermana se me acercó y me dijo: «Pastor, ya no será el milagro de los veinte huevos, ¡sino el milagro de los treinta!», y me entregó una bolsa con diez huevos.

¡Qué bendición! Así de grande es el amor de Dios. Ahora, me pregunto: ¿Por qué no vivir en agradecimiento constante con nuestro Padre celestial, siendo que él tiene cuidado de nosotros? (1 Ped. 5: 7).

El apóstol Pablo menciona en Romanos 1: 21 dos razones de ingratitud que ya existían en sus días:

«Ya que, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. Al contrario, se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido».

1. **Razonamientos vanos.** Los gentiles a los que Pablo se refiere en este texto, habían contaminado la verdad que habían creído y hacían especulaciones acerca de Dios. La ingratitud surge cuando ideas humanas contaminan lo que nosotros ya sabemos de Dios y comenzamos a negar nuestro tiempo y recursos a Aquel que nos ha dado la vida.
2. **Necedad de corazón.** La palabra necio se puede entender literalmente como «alguien sin inteligencia». Los judíos consideraban que el corazón era el centro de la vida del ser humano. De esta forma, si permitimos que Satanás tergiverse nuestros pensamientos y nuestras emociones, corremos el riesgo de volvernos ingratos con Dios.

Por ello el apóstol Pablo aconseja en otra de sus Epístolas: «Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Tes. 5: 16-18).

La gratitud nos convierte en cristianos fieles, responsables y, por supuesto, felices. Dios nos bendiga y sigamos siendo agradecidos con Dios.

Pr. Breyner Roblero,

Director de Ministerios Personales y Escuela Sabática, Misión Este de Tabasco